

*"Gigolette", donde todos llevan por delante a Adrienne Ames*

He aquí otra justificación de que el buen gusto para elegir trapos y la expresión "exótica" de señora mal alimentada y peor correspondida en amores no hace necesariamente una estrella cinematográfica. En su primer papel de responsabilidad, Adrienne Ames parece tan azareada que ni siquiera conferenció lo suficiente con sus modistos.

Todos la llevan por delante en esta anécdota de suplemento dominical, bien iluminada por los fotógrafos y mal dialogada por los "scenaristas". A saber: la muchacha rica venida a menos - que conocemos ya tan bien - se emplea en un cafetín de reputación muy clara, como que es remalísima: se enamora del millonario aburrido que no tiene mejor cosa que hacer que emborracharse y es cortejada por el propietario del "honky-tonk", buena persona de malas costumbres. En este nunca visto intríngulis, se la comen viva Ralph Bellamy, cuya desgana y bohemia sientan muy bien a su personaje, cuidado en todos los detalles, hasta en el vestir chocarrero: Donald Cook, fino comediante en el rol del millonario perennemente "alegrito" y Robert Armstrong, un guarda espaldas lleno de gracia y de pimienta, que por suerte no dice más de treinta palabras en toda la película, para que no gaste su voz trayéndola de las profundidades del cerebro por vía nasal. Y hasta la pintura del cafetín sin clientes en que a los incautos que caen les cobra el centímetro cúbico de aire que respiran, "tapa" completamente a la manequí llegada al estrellato. ¡Y ella era el único justificativo de esta vulgar y pobre película de programa!

R.A.D.